

ERNESTO SABATO: LA TRISTEZA MEDITATIVA

La pasión por la literatura es también una forma de reconocer que cada uno somos muchos, y de esa raíz opuesta al sentido común en que habitamos emana el goce literario.

FERNANDO SAVATER

El fracaso de la ciencia se basa en una perversión. El ideal de hombres y mujeres dedicados por entero a remediar desde presupuestos empíricos las dolencias del universo tropieza con dos obstáculos insalvables a medida que el tiempo avanza sobre los primeros métodos de investigación y los descubrimientos consiguientes que conmocionaron la humanidad: por un lado, un ámbito insalvable, enigmático y contradictorio que envuelve al ser humano y que en ocasiones le induce al movimiento, la irracionalidad; por otro —y en este punto es donde se consuma la cruel perversión del esfuerzo científico—, la manipulación de las soluciones arrancadas a la ciencia en beneficio de la sociedad, que son dirigidas contra el individuo, contra su medio vital, contra la vida. Estos son elementos que no pueden ser soslayados al referirnos a un entorno como el nuestro, que nos distancia y acerca a nosotros mismos sin posibilidad de que indicios o explicaciones racionales esclarezcan tales reacciones o consigan evitarlas. Pero aún más: el misterio que envuelve la verdad de cada ser humano se ramifica por rutas impracticables, no responde a una solución específica y su complejidad crece en intensidad. La ciencia, al afrontar el conflicto humano, no puede aportar curaciones que exceden de su campo de influencia y, por tanto, aparece alrededor del ser humano. Espíritu, pasión, frustración, delirio, recuerdo, satisfacción o deseo surgen ante el análisis científico como fortalezas inexpugnables, idiomas extraños o civilizaciones remotas y desconocidas. Sólo el conocimiento regido por la intención de colaborar con el individuo que sufre una enfermedad ofrece perspectivas de conducir —cualquiera que sea la naturaleza de la dolencia del sujeto— a buen puerto. Con todo, la razón actúa de manera muy similar a las personas, y se rebela a rebajarse al papel de comparsa o simple colaborador. Numerosos acontecimientos prueban que la razón escapó —y escapa— a la sabiduría humana hasta convertirse, lejos de las necesidades de los pobladores del mundo, en diosa. Es en este punto

donde se realiza una de las mayores contradicciones que puedan darse en la realidad: la razón adquiere una dimensión mágica y suplantada con excesiva frecuencia la voluntad de los individuos. Se establece en el exterior y disfruta de su dominio, pero sin desgajarse hasta las últimas consecuencias del destino del universo y de sus desvalidos habitantes. En cierto modo se repite el mismo proceso que llevó a las primeras y más elementales formas de comunidad a rendir culto a los fenómenos que condicionaban su vida, observando con un rigor a veces sangriento la separación entre las fuerzas insondables de lo desconocido y el hombre.

Han sido necesarios siglos para que el propio ser humano, incitado por aquellos aspectos de su ser que negaban sus dioses y sus primeros temores —que son también los últimos, en cuanto la muerte sigue siendo límite de todas y cada una de sus facultades—, acepte la evidencia de la escisión entre su identidad y la de aquello que le rodea y condiciona. De esta manera el tiempo, que ha obrado en contra nuestra señalándonos la frontera inevitable del fin, nos ha entregado la experiencia —en ocasiones simple instinto— que permite que nos enfrentemos al pasado, al objeto de fortalecernos con sus enseñanzas cuando hemos de considerar nuestro presente.

El tiempo ha hecho de la razón una diosa más a la que el sufrimiento y el escepticismo de siglos de evolución nos llevan a contemplar con mirada condescendiente. Los avances que se han desarrollado al margen de la civilización de los hombres han sido orientados contra las sociedades por otros hombres. Y de las ruinas de esta cultura masacrada por la eterna y latente pugna entre el ideal integrador del ser humano —que no reniega de los errores y tiende a equilibrar el peso de lo racional con lo irracional— y la razón —como guía de otros intereses— ha brotado la conciencia de la indefensión: los individuos, víctimas de sus creaciones y descubrimientos, no han logrado evitar la muerte con su conocimiento, sino antes bien: han contribuido a métodos masivos de muerte y destrucción.

De este panorama de sufrimiento y turbulenta confusión se alimenta la meditación que trata de oponer una realidad distinta a la que encierran las coordenadas de la filosofía moderna, donde se encuentra el proyecto de mayor consistencia teórica que subordina lo existente —y, por extensión, la vida— a verdades racionales. Como ha señalado Sábato, reivindicando la actividad total del espíritu humano frente a la alternativa del pensamiento puro, esta delimitación —cultural y social a un tiempo— viene determinada por la obra de Hegel, lo cual no significa que nos aguarde ningún Edén al otro lado de esta línea.

Pero la lucha, que no se produce entre dos conceptos o puntos de vista encontrados, sino entre el esfuerzo por liberarnos de un legado que nos atenaza y la existencia desprovista de horizontes, continúa en nosotros, con nosotros. De este modo, cabría parafrasear a Croce cuando defendía que escribir historia era un camino para liberarnos de la historia, diciendo que escribir es, dentro de lo que implica la afirmación de Sábato, una interminable tentativa de liberación.

Esto no debe conducirnos a suposiciones erróneas. El oficio de escribir no es el único que desemboca en un espacio de total expresión. Pero sí figura entre los más representativos de esa libertad elegida, respecto a una sociedad cuyas pretensiones de independencia han sido heridas en cada época por una excusa que disfracaba en el fondo una negación. En la circunstancia concreta de Sábato, la literatura aparece relacionada con tres facetas de su biografía que se funden con el devenir de su patria: la tarea científica, la frustración nacional y París.

La primera vocación de Ernesto Sábato es de carácter estrictamente personal, pero en cuanto surge como signo de un debate interior se vincula con mayor energía a la situación de su país. Ernesto Sábato nace en el seno de una familia de inmigrantes italianos en 1911, en Argentina. De este primer choque de situaciones e influencias —cuya eclosión tendría efecto al convertirse en universitario y dudar entre la matemática pura y el mundo literario— pasará Sábato, bien avanzada la década de los treinta, a plantearse el mismo dilema de su adolescencia, aunque viciado por la necesidad íntima de resolverlo. Tales factores están reflejados en todos los libros del escritor, constituyen la esencia de lo que se convertirá con los años en el pensamiento y universo de Sábato, pero no se contentan en lo particular. Desde muy joven, Sábato une a sus dudas y vocaciones enfrentadas la atracción del exterior. Las encrucijadas peculiares de una personalidad que precisa definirse permanecen atentas a los rasgos que definen sus orígenes —la inmigración— y lo que habrá de ser su futuro. Es por ello que no debe imputarse a otras inquietudes que Sábato conteste radicalmente —en la acepción marxiana del término, es decir, encarando los problemas hasta llegar a la raíz de los mismos— convirtiéndose en un militante anarquista. Más adelante, por razones que se confunden con la evolución personal de Sábato, el estudiante anarquista se interna en lo que será una experiencia crítica que se compone del conocimiento teórico de la utopía de los teóricos y líderes marxistas, por una parte, y por otra del desengaño de un sistema no sólo ideológico, del fracaso de las fuerzas que